



para adelante se aparejaba: no faltaba algun género de desventura, pues el vencedor con la licencia y libertad que suele, afligia todos los vencidos de cualquier edad ó condicion que fuesen. Un buen golpe de los que escaparon de aquella desastrosa batalla se recogieron á Écija, ciudad que no caía léjos, y en aquel tiempo bien fortificada de muros. Con éstos se juntaron los ciudadanos, y animados á tratar del remedio, aunque fuese con riesgo de sus vidas, salvar lo que quedaba y vengar si pudiesen las injurias, no dudaron de salir al campo y pelear de nuevo con el vencedor, que ejecutaba el alcance y perseguía lo que restaba de los godos. El suceso desta batalla fué el mismo que el pasado; de nuevo fueron los nuestros desbaratados y puestos en huida; los que escaparon de la matanza se fueron por diversos lugares: la ciudad, por estar desnuda de gente de guerra, quedó en poder del vencedor, y por su mandado la echaron por tierra.

Después desto, por consejo y á persuasión del conde D. Julian, se dividieron los moros en dos partes: los unos debajo de la conducta de Magued, renegado de la religion cristiana, se encaminaron á Córdoba, que por estar desamparada de sus moradores que por miedo del peligro se fueran á Toledo, fácilmente fué puesta en sujecion y tomada por aviso de un pastor, que en los muros cerca de la puente les mostró cierta parte por donde entraron, ayudados asimismo del silencio de la noche y muertas las centinelas. El gobernador de la ciudad se hizo fuerte en un templo que se llamaba de San Jorge, en que se mantuvo por espacio de tres meses; pero á cabo deste tiempo, como huyese, fué preso y vino en poder de los moros: el templo entraron por fuerza, y pasaron á cuchillo todos los que en él estaban. Con la otra parte del ejército, Tarif saqueaba y talaba, y metía á fuego y á sangre lo restante de Andalucía, y corría los vencidos por todas partes. Mentesa fué tomada por fuerza y destruida, de la cual dice el arzobispo D. Rodrigo caía cerca de Jaen, pero á la verdad algo más apartada estaba. En Málaga, en Illiberris y en Granada pusieron guarnicion de soldados. Murcia se rindió á partido, que sacó

el gobernador aventajado, como buen soldado y sagaz que era, ca despues que en un encuentro fué vencido por los moros, puso las mujeres vestidas como hombres en la muralla: los moros con aquella maña, persuadidos que habia dentro gran número de soldados, le otorgaron lo que pidió. De Murcia dice el mismo D. Rodrigo que en aquel tiempo se llamaba Oreola. Demas desto los judíos mezclados con los moros fueron puestos por moradores en Córdoba y en Granada, á causa que los cristianos se habian ido á diversas partes, y dejándolas vacías.

Restaba Toledo, ciudad puesta en el riñon de España, de asiento inexpugnable. El arzobispo Urbano, sin embargo de su fortaleza, se habia retirado á las Astúrias, y llevado consigo las sagradas reliquias, porque no fuesen profanadas por los enemigos del nombre cristiano, en particular llevó la vestidura traída á San Ildefonso del cielo, y un arca llena de reliquias, que por diversos casos fuera llevada á Jerusalem, y despues parára en Toledo. Llevó asimismo los libros sagrados de la Biblia, y las obras de los santos varones Isidoro, Ildefonso, Juliano (muestras de su erudicion y santidad, tesoros más preciosos que el oro y las perlas), porque no fuesen abrasados con el fuego que destruía todo lo demás. En compañía de Urbano, para mayor seguridad, fué D. Pelayo, como se halla escrito en graves autores. Y para que estos tesoros celestiales estuviesen más libres de peligro, en lo postrero de España los pusieron en una cueva debajo de tierra, distante dos leguas de donde despues se edificó la ciudad de Oviedo. Desde el cual tiempo se llamó aquel lugar el Monte Santo, y de muy antiguo es tenido en gran devocion por los pueblos comarcanos, de donde todos los años acude allí gran muchedumbre, principalmente la fiesta de la Magdalena. Hicieron asimismo compañía á Urbano y á Don Pelayo los más nobles y ricos ciudadanos de Toledo por estar más léjos del peligro, seguir el ejemplo de su prelado, y conservarse para mejor tiempo.

Juntáronse los moros de diversas partes, en que todo les sucedía prósperamente, para poner cerco á Toledo. Llevaron por su caudillo á



Tarif, y por las causas ya dichas fácilmente se apoderaron de aquella ciudad, silla de los reyes godos y lumbre de toda España. En la manera cómo se tomó hay opiniones diferentes. El arzobispo D. Rodrigo dice que los judíos que quedaron en la ciudad, y estaban á la mira sin poner á riesgo sus cosas, ora venciesen, ora fuesen vencidos los españoles, y tambien por el odio del nombre cristiano, sin dilacion abrieron las puertas á los vencedores, y á ejemplo de lo que se hizo en Córdoba y en Granada, los judíos y moros fueron en ella puestos por moradores. Don Lucas de Tuy, al contrario, afirma que los cristianos de Toledo, confiados en la fortaleza del sitio, magüer que eran en pequeño número, sin fuerzas y sin esfuerzo, sufrieron el cerco algunos meses, hasta tanto que últimamente el domingo de Ramos, día en que se celebra la Pasion del Señor, como era de costumbre salieron los cristianos en procesion á Santa Leocadia la del arrabal: entre tanto los enemigos fueron por los judíos recibidos dentro de la ciudad, y por ellos los ciudadanos todos muertos ó presos. En cosas tan inciertas sería atrevimiento sentenciar por la una ó por la otra parte; todavía yo más me allego á los que dijeron que la ciudad despues de un largo cerco entregaron á partido sus mismos ciudadanos. Las condiciones que se asentaron, dicen fueron éstas: los que quisiesen partirse de la ciudad, sacasen libremente sus haciendas; los que quedar, pudiesen seguir la religion de sus padres, para cuyo ejercicio les señalaron siete templos, es á saber, de los Santos Justa, Torcuato, Lucas, Marco, Eulalia, Sebastian y el de Nuestra Señora del Arrabal. Los tributos fuesen los mismos que acostumbraban pagar á los reyes godos, sin que les pudiesen poner otros de nuevo. Que los gobernasen por sus leyes, y para este efecto se nombrasen jueces de entre ellos que les hiciesen justicia. Por esta manera fué Toledo puesta en poder de los moros.

Las demas ciudades de España, unas se rendian de voluntad, otras tomaban por fuerza, que la llama de la guerra se emprendía por todas partes. Los moradores se derramaban por diversos lugares, como á cada uno

guiaba el miedo ó la esperanza. Leon, forzada del hambre y por falta de mantenimiento, se rindió. Guadalajara, en los carpetanos, fué tomada. En los celtíberos, en un pueblo que en nuestro tiempo se llama Medinaceli, y antiguamente dice Don Rodrigo se llamó Segoncia, hallaron una mesa de esmeralda (como yo lo entiendo, de mármol verde), de grandor, estima y precio extraordinario, de donde los moros llamaron aquel pueblo Medina Talmeyda, que significa ciudad de mesa. En Castilla la Vieja se entregó Amaya, forzada del hambre que cada día se embravecía más, cuyos despojos sobrepujaron las riquezas de las demas, á causa que muchos confiados en su fortaleza se recogieran á ella con todo lo mejor de sus casas. Llamábase aquella parte de Castilla en aquel tiempo Campos de los Godos; de allí quedó que hasta hoy se llama tierra de Campos. En Galicia quemaron á Astorga; los moros por ser de buena estofa quedaron de pié. En las Astúrias, Gijon, pueblo por la parte de tierra y de la mar muy fuerte, vino asimismo en poder de los moros. Pusieron guarniciones de soldados en lugares á propósito para que los naturales no pudiesen rebullirse ni sacudir aquel yugo tan pesado de sus cervices.

El ejército de los moros, rico con los despojos de España, y su general Tarif, debajo cuya conducta ganáran tantas victorias, dieron vuelta á Toledo para con el reposo gozar el fruto de tantos trabajos, y desde allí, como desde una atalaya muy alta, proveer y acudir á las demas partes. Todo esto pasó el año de 715, en que hallo tambien sé apoderaron de Narbona, que diversos ejércitos de África á la fama de victoria tan señalada, como enjambres se derramaban por todo el señorío de los godos. Los naturales, parte huidos, parte amedrentados, no hallaban traza para ayudar á su patria; ningun ejército en número y en fuerzas bastante se juntaba, sólo cada cual de las ciudades proveía en particular lo que le tocaba; así nombraron diversos gobernadores, y porque en guerra y en paz eran soberanos, sin reconocer superior, algunos historiadores les dan nombres de reyes.

En tanto que esto pasaba en España, de



África se sonaba que Muza era combatido de diversas olas de pensamientos. Por una parte se holgaba que aquella nobilísima provincia fuese vencida, y el señorío de los moros hubiese pasado á Europa; por otra le escocia que por su descuido hubiese Tarif ganado no sólo los despojos de España, sino tambien la honra de todo. Aguijoneábanle igualmente la avaricia y la envidia, malos consejeros en guerra y en paz. Acordó de pasar en España, como lo hizo, con un nuevo ejército en que dicen se contaban doce mil soldados; pequeño número para empresas tan grandes, si los españoles no estuvieran de todo punto apretados y caidos, porque lo que suele acontecer cuando los negocios están perdidos, todos daban buen consejo que se acudiese á las armas y á la defensa, pero cada uno rehusaba de acometer el peligro.

Venido el nuevo caudillo de los moros, se mudó la manera de hacer la guerra; que si bien algunos le aconsejaban juntase las fuerzas con Tarif, y de consuno acometiesen las demas ciudades que aún no estaban rendidas, prevaleció, empero, el parecer de aquellos que aunque eran cristianos, teniendo más cuenta con el tiempo que con la conciencia, prometian su ayuda á Muza para acabar lo que restaba, con la cual y con sus fuerzas podian sujetar las ciudades comarcanas, cosa que al bárbaro parecia ser de mayor reputacion. Acudió tambien el conde D. Julian, sea con deseo de ganar la gracia del nuevo capitán y esperar dél mayores mercedes, sea por odio de Tarif y disension que resultó entre los dos; que suelen los traidores, como son bulliciosos é inconstantes, despues de haber servido, perder primero la gracia y adelante ser aborrecidos, así por la memoria de la maldad, como porque los miran como acreedores.

De Algeciras, do desembarcaron estos bárbaros, fueron primeramente á ponerse sobre Medinasidonia, sitio que los moradores sufrieron por algun tiempo, y aún fiados de su valentía, diversas veces hicieron salidas sobre los enemigos, mas fueron rebatidos y al fin tomados por fuerza. Pusieron con el mismo ímpetu sitio sobre Carmona, ciudad antiguamen-

te la mas fuerte del Andalucía. Gastáronse algunos dias en el cerco, porque los moradores se defendian valientemente. Usó el conde don Julian de cierto engaño: fingió en cierta cuestion que se huía de los moros: los ciudadanos engañados recibieronle dentro de los muros por la puerta que entónces se llamaba de Córdoba, y con este embuste se tomó. Esto dice el arzobispo D. Rodrigo. El moro Rásis discrepa en el tiempo y en la manera, ca dice fué tomada despues que Muza y Tarif se vieron en Toledo, y que los soldados de D. Julian, no con muestra de huir, sino en traje de mercaderes, metieron en ella las armas con que la ganaron por fuerza. Acudió á Sevilla como á ciudad tan principal gran muchedumbre de godos; pero como la morisma que iba sobre ella fuese grande, perdida la esperanza de poderse tener los de dentro, secretamente se huyeron, y los moros apoderados della, la entregaron á los judíos, para que junto con los moros morasen en ella. Beja, la de Lusitania ó Portugal, que se decia Pax Iulia, do se recogieron los ciudadanos de Sevilla, corrió la misma fortuna, dado que no se sabe si la entraron por fuerza, si se rindió á partido; sólo consta que adelante vivió en ella gran número de cristianos. No léjos della cae Mérida, colonia antiguamente de romanos, y entónces la más principal ciudad de Lusitania, y que conservaba todavia claros rastros de su antigua majestad, si bien de las muchas guerras pasadas quedó maltratada, y últimamente en la batalla en que se perdió el rey D. Rodrigo y con él España, muchos de sus ciudadanos perecieron como buenos.

Todo esto no fué parte para que perdiesen el ánimo, ántes salieron contra el enemigo que sobre ellos venia. La pelea fué sin orden, muchos de ambas partes perecieron: los moros eran más en número, y así los cristianos fueron forzados á retirarse dentro de los muros. Á la hora Muza, acompañado de cuatro personas solamente, mirado el sitio y majestad de la ciudad, dijo: Parece que de todo el mundo se juntaron gentes á fundar este pueblo: dichoso quien fuese señor dél. Encendido en este deseo buscaba traza para salir con su intento. Estaba cerca de la ciudad una cantera anti-



gua, la cual por ser honda pareció á propósito para armar una celada: puso, pues, en aquellas barrancas de parte de noche buen número de caballos. Dió vista á la ciudad: los cercados salieron á la pelea, adelantáronse sin orden, tanto que cayeron en la celada; con que por frente y por las espaldas fueron apretados de tal suerte que, con pérdida de muchos, pocos, cerrado su escuadron y apretados, pudieron volver á la ciudad. Con este daño reprimieron su atrevimiento, acordaron de no hacer salidas, sino defender solamente sus murallas. El cerco iba adelante, dilacion que daba mucha pena á Muza: apercibió todas las suertes de ingenios que en aquel tiempo se usaban, levantó torres de madera, hizo trabucos y mantas con que los soldados arrimados al muro procuraban con picos abrir entrada. Acudian los cercados á todas partes, y con esfuerzo y diligencia rebatían estos intentos; pero eran pocos en número, y comenzaban á sentir falta de vituallas y municiones: trataron de rendirse, mas con tales condiciones que Muza las rechazó con desden y saña: volvieron los medianeros sin hacer algun efecto, sólo con esperanza que aquel general les pareció tan viejo y flaco que apenas podria vivir hasta que la ciudad fuese tomada: no se le encubrió esto al bárbaro; usó de astucia, que á las veces más vale maña que fuerza: tornaron los embajadores á tratar del mismo negocio, maravilláronse de hallarle sin canas, que se habia teñido la barba y cabello; mas como quier que no entendiesen el artificio, juzgaron que era milagro, persuadieron á los suyos se rindiesen al que juzgaban vencia las mismas leyes de la naturaleza. Los partidos fueron: que los bienes de los ciudadanos muertos en las peleas y en el cerco fuesen confiscados: lo mismo las rentas de las iglesias, sus preseas, vasos y ornamentos de oro y de plata: los que quisiesen quedar en la ciudad, retuviesen sus haciendas; los que irse, lo pudiesen hacer libremente adonde quisiesen. No se averigua bastantemente el tiempo en que Mérida se rindió: el arzobispo D. Rodrigo dice fué en el mismo mes que Muza vino á España, pero no declara si el mismo año ó el siguiente. Concuerdan que los de Beja y los de Ilipula,

con intento de hacer rostro á los moros ántes que del todo se arraigasen en la tierra, con las armas se apoderaron de Sevilla, y pasaron á cuchillo gran parte de la guarnicion que allí quedó por los moros. Poco aprovechó este esfuerzo, ca los moros revolvieron sobre ellos, y con su daño los forzaron á sujetarse como de ántes por este orden.

Vino á España con Muza un su hijo llamado Abdalasis. Este en cierta ocasion se quejó á su padre de no haberle puesto en cosa en que pudiese mostrar su esfuerzo. Parecióle al padre tenía razon: dióle un grueso escuadron de moros con que entró por tierra de Valencia, peleó diversas veces con la gente de aquella tierra; rindiósele aquella ciudad, las de Denia, Alicante y Huerta á partido que no violase los templos, que pudiesen vivir como cristianos, que á cada uno quedase su hacienda con pagar cierto tributo que se les imponia asaz tolerable. Acabadas estas cosas por todo el año 716, revolió con sus gentes hácia Sevilla, que estaba levantada, como queda dicho; sujetóla con facilidad, dió la muerte á los que fueron causa del alboroto y de la matanza que se hizo de los soldados moros. Pasó adelante, tomó á Ilipula, en que se hizo grande estrago, y aún se puede entender que la hizo abatir por tierra, pues de ciudad muy fuerte que era entónces, hoy es un pueblo pequeño llamado Peñafior, puesto entre Córdoba y Sevilla. El moro Rásis dice que la guarnicion de Mérida fué la que mataron los nuestros, y que para hacer esto los de Sevilla se juntaron con los de Beja y con los de Ilipula, cosa bien diferente de lo que queda dicho.

Lo cierto es que de Mérida se partió Muza para Toledo. Salióle al encuentro Tarif, y para más honrarle pasó adelante de Talavera. Juntáronse cerca del rio Tietar, que riega los campos de Arañuelo. Las muestras de amor y contento fueron grandes, los corazones no estaban conformes, la envidia aquejaba á Muza, á Tarif el miedo, que tal es la fruta del mundo. Recelábase Tarif no le descompusiesen, porque le achacaba Muza que no habia obedecido á sus mandatos ni seguido su orden, que la victoria fué acaso, y no conforme á buen gobier-



no de guerra; achaques y cargos que el vulgo y gente de guerra no parecía bien, por estar acostumbrada á juzgar de los consejos de sus capitanes, no tanto por lo que son, como por el fin que tienen y por lo que sucede, demas que todos sabian el mal talante y ánimo de Muza. Continuáronse los desabrimientos hasta que llegaron á Toledo. Allí tomaron cuentas á Tarif, así de lo que gastára en la guerra, como de los despojos y tesoros ganados en ella. Disimulaba él toda esta acedia y mal tratamiento, y con servir y regalar á su contrario procuraba aplacar el ánimo y la seña de aquel viejo.

En fin, reconciliados entre sí, caminaron hácia Zaragoza, con intento de apoderarse, como lo hicieron, de aquella ciudad poderosa en armas y en gente. Por abreviar, lo mismo hicieron de otras muchas ciudades de la Celtiberia y de la Carpetania, que hoy es el reino de Toledo; que se apoderaron dellas y de las demas sin sangre, ca se dieron á partido. Con esto parecía que toda España quedaba sujeta y llana, que fué en ménos de tres años, despues que vino la primera vez el ejército de moros de África á estas partes. Verdad es que lo de más adentro no se podia allanar sin grande dificultad, por estar España por muchas partes rodeada de riscos y montes y espesuras muy bravas. Supo el Miramamolín Ulit, así las victorias como las diferencias que andaban entre sus capitanes, y porque no parasen perjuicio les mandó á entrambos ir á su presencia. Muza, resuelto de partirse, porque no sucediesen en lo ganado algunas alteraciones, nombró en su lugar por gobernador á su hijo Abdalasis, de cuyo esfuerzo y valor habia muestras frescas y bastantes. Juraron todós de obedecelle, y con tanto Muza y Tarif, ántes grandes y famosos caudillos, y en lo de adelante más esclarecidos por cosas tan grandes como acabaron, se apresuraron para embarcarse, y consigo los tesoros, preseas, riquezas, oro y plata que los godos en tantos años con todo su poder pudieron juntar.

Con la mudanza del gobierno y señorío, las costumbres, ritos y leyes de España se trocaron y alteraron grandemente. Relatallo todo

sería largo cuento: lo que al presente hace al propósito, y servirá para entender la historia de los tiempos adelante, dejada la cuenta de los años de que ordinariamente los españoles usaban en los contratos, pleitos y en las historias, cuyo principio se tomaba del nacimiento de Cristo ó era de César, se introdujo casi por toda ella otra nueva manera de contar los tiempos, de que los moros usan en todas las provincias en que se han extendido largamente. Fundador de aquella malvada superstición fué Mahoma, árabe de nacion, el cual por la mucha prosperidad que tuvo en las guerras y por descuido del emperador Heraclio se llamó y coronó rey de su nacion en Damasco, nobilísima ciudad de la Siria. Demas de esto, para que su autoridad fuese mayor, promulgó á sus gentes leyes como dadas del cielo por divina revelación. No hay cosa más engañosa que la máscara de la mala y perversa religion, cuando se toma para cubrir con ella como con velo las maldades y libertad, ni hay cosa más poderosa para trastornar los ánimos del pueblo y llevarle donde quiera.

Desde este tiempo, cuando Mahoma se llamó rey, comienzan los árabes á contar los años de la egrira, que es tanto como jornada ó expedición. Esto, como quier que sea cierto, es muy dificultoso averiguar con qué año de nuestra salvacion concurrió. Los autores andan varios y no concuerdan en el cuento de los años adelante; vergonzosa ignorancia de historia y de antigüedad: grandes tinieblas de donde será dificultoso sacar á luz la verdad; procuráremoslo empero por cuanto las fuerzas y diligencia alcanzáre. El principio desta disputa se tomará un poco más arriba en esta manera. El año resulta del movimiento del sol, que corre por los signos del zodiaco en trescientos y sesenta y cinco dias y un cuarto de dia. Del movimiento de la luna y de sus variedades resultan los meses, ca discurre por el mismo círculo en dias veintinueve y doce horas. Todo el tiempo se divide en años y el año en meses; costumbre universal de todas las naciones, de que procede toda la dificultad, por no ser cosa fácil igualar y ajustar en número de dias los movimientos del sol y de la



luna, tan diferentes entre sí, dado que por muchas veces grandes ingenios se han en esto desvelado.

Los más antiguos romanos gobernaron el año por el movimiento del sol, que dividieron en solos diez meses; cuenta varia y inconstante. Destos meses, los seis eran de á treinta dias, los cuatro de á treinta y uno; es á saber, Marzo, Mayo, Julio, Octubre. Todo el año tenia trescientos y cuatro dias; comenzábase por el mes de Marzo, como los nombres de Setiembre, que es el sétimo mes, de Octubre y de Noviembre lo declaran. En tiempo tan grosero, falto de erudición y de doctrina, no advertian los inconvenientes, que las fiestas del estío venian á caer en invierno, las del verano en el otoño; grande desórden y desconcierto. Los árabes, de quien tomaron los moros para formar el año, sólo miraron al movimiento de la luna, componiéndolo de doce vueltas que da por el zodiaco, que son doce meses, los seis de á veintinueve dias, y los otros seis de á treinta; todo su año tenia dias trescientos y cincuenta y cuatro, manera que entre los romanos imitó Numa Pompilio, ca añadió á la cuenta antigua del año, cincuenta dias repartidos en los meses de Enero y de Febrero, que tambien añadió á los demas: pero sucedia sin duda, aunque en más largo tiempo, que el frio venia en los meses del verano y el calor al contrario: inconveniente en que forzosamente incurren los moros por mantenerse obstinadamente hasta el dia de hoy en la costumbre que antiguamente tenian, que las demas naciones tuvieron cuidado y pusieron toda diligencia en ajustar los movimientos de la luna y del sol para corregir toda la variedad é inconstancia que entre ellos hay. Grande fué el trabajo que en esto pasaron y los caminos que tomaron diferentes.

Los griegos, cada ocho años intercalaban noventa dias repartidos en tres meses; lo mismo hicieron los romanos más modernos por su ejemplo, mudadas solamente algunas pocas cosas. Los hebreos y los egipcios, como gentes más entendidas de los movimientos del cielo, hallaron más prudentemente esta manera de enmienda, que los latinos llamaron in-

tercalacion. Porque en diez y nueve años, espacio en que se acaba toda la variedad del movimiento de la luna, intercalaron siete meses á ciertas distancias. Lo mismo hizo Julio César despues que se apoderó de Roma, por entender pertenecia á su providencia y gobierno enmendar la razon de los tiempos, que entre los romanos andaba revuelta y confusa. Ayudóse del consejo de Sosigenes, grande matemático y astrólogo, y de Marco Fabio, escribano de Roma, con cuya ayuda redujo el año solar á trescientos y sesenta y cinco dias y cuarto de dia, por donde cada cuatro años se intercala un dia á veinticuatro de Febrero, que es sexto de las calendas de Marzo, y el dia intercalado se llama tambien sexto de las mismas calendas, por donde el año se llama bisesto, que es lo mismo que dos veces sexto.

La razon de la luna, y de toda su inconstancia y cuenta del año lunar, comprendieron con el áureo número, que procede de uno hasta diez y nueve, y fué puesto en el calendario romano. Intercalaban en diez y nueve años, siete lunas: manera que por entónces pareció muy á propósito, para que la cuenta de los tiempos fuese ordenada, y ajustados los años solar y lunar: pero con el progreso del tiempo, por ciertas menudencias que no se consideraron en la cuenta del año, se halló que ni la una ni la otra cuenta concordaban con los movimientos de aquellos planetas, ni entre sí. Por donde los cristianos, que á imitación de César cuanto á las fiestas inmovibles siguen el año solar, y cuanto á las movibles el lunar, hallaron haberse alejado mucho de lo que se pretendió, que ni el principio del año caia en el mismo dia que en tiempo de César, ni con el áureo número, como se pretendia, se mostraban las conjunciones de la luna.

Por lo uno y por lo otro el papa Gregorio XIII, el año de 1582, cuando esto escribiamos, enmendó todo esto: quitó del calendario el áureo número, en cuyo lugar puso otro mayor, que llamaron Epactas. Demas desto en el principio de Octubre de aquel año se dejaron de contar diez dias, para efecto que el principio del año solar volviese al asiento conveniente señalado por los antiguos. Y para que